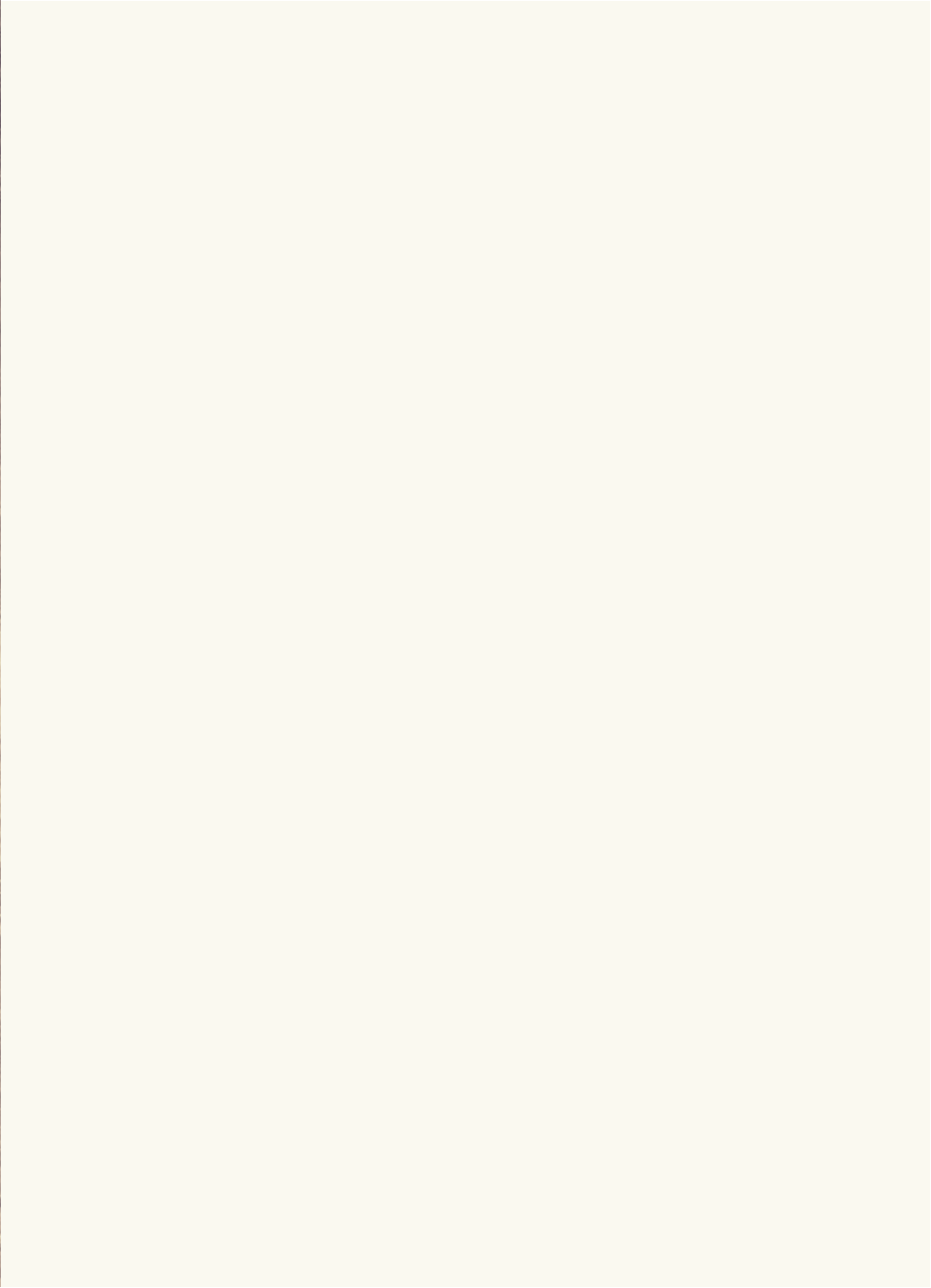


DEJAME QUE TE CUENTE



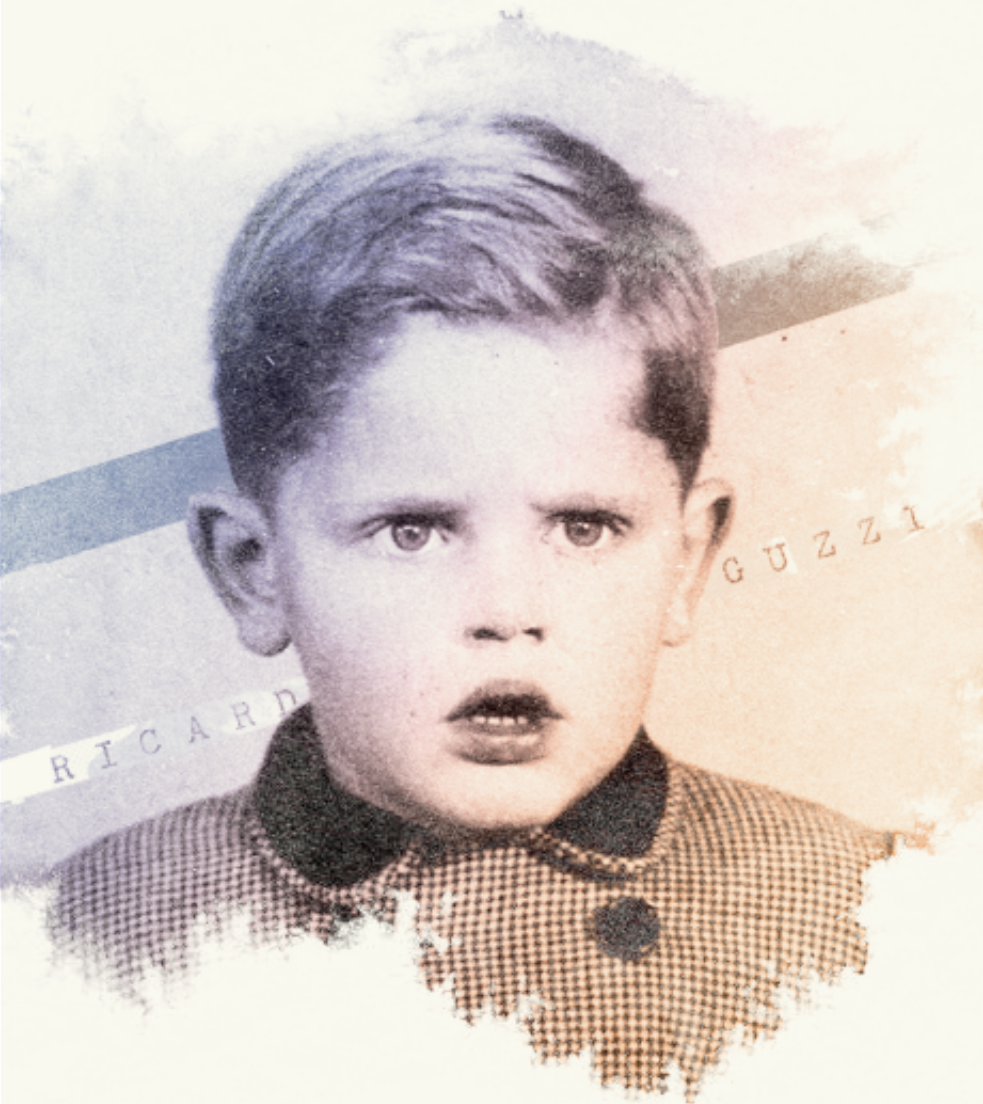
DEJAME QUE TE CUENTE

Ricardo Meneguzzi



*Tuve que enfrentarme a mi condición,
en invierno no hay sol.
...y aunque digan que va a ser muy fácil,
es muy duro poder mejorar*

Confesiones de invierno, Sui Generis



—Mamá, no me quiero poner pantalones cortos. Me miran, los otros chicos me miran.

—Que te miren. Te van a mirar un día, te van a mirar dos y después ya está. Y si te preguntan les decís: «Sí, porque yo cuando era bebé tuve poliomielitis y la pierna me quedó así». Chau, se acabo. Es tu pierna, te sirve. Otros chicos tienen las orejas grandotas o la nariz grande o son chuecos o son panzones y cada uno es como es.

Ricardo Meneguzzi tenía seis años. Empezaban los años 60. Los niños llevaban los cortos, los largos eran para grandes. La pierna izquierda de Ricky era mucho más flaquita que la derecha: en 1956 se enfermó, en la última epidemia de poliomielitis que hubo en el país. Los músculos de esa pierna se atrofiaron irremediablemente.

Su mamá, Nelly Galasso, era inflexible, se aferraba a lo que decían los médicos. El nene tenía que caminar, subir escaleras, jugar en el recreo de la escuela Bernardino Rivadavia como cualquier otro. No debía sobreprotegerlo. Ricky fue durante años todos los días al Instituto de Lucha Antipoliomielítica y Rehabilitación del Lisiado (ILAR). A la noche, con una bolsa de arena caliente, Nelly lo ayudaba con otros ejercicios. El abuelo José «Beppo» Galasso lo llevaba a los silos de Elortondo, un pueblo al sur de la provincia de Santa Fe, para que subiera y bajara las escaleras, así se ejercitaba. Doce veces lo operaron de las piernas: la primera vez, cuando tenía dos años, la última cuando era adolescente. Ricky supo desde muy pequeño lo que significaba luchar sin rendirse. Siempre con una sonrisa o una travesura a flor de labios.



Ricky creció. Se apasionó por la política. Militó en la Unión de Estudiantes Secundarios desde sus primeros años en la Dante Alighieri, adonde iba con sus dos amigos, Sergio «El Turco» Jalil y Oscar «Gusi» Bouvier. El gran amor de su vida era la música. Su mamá apenas pudo rescatar una cinta de todas las que había grabado en su Geloso. «Me echó de su cuarto gritándome, no tienes profesión...», canta un afinadísimo Ricky. Le gustaban las peñas, tomaba vino, le encantaba viajar. Militaba. En aquella época, quienes no se interesaban en política eran frívolos. O, como se decía entonces, unos «tilingos». La militancia le daba sentido a la vida. Esta es la historia de un chico que fue asesinado a los 21 años.

Ricky nació en Elortondo, el 29 de junio de 1955. Su mamá era maestra. El papa, Osvaldo, trabajaba en Ferrocarriles Argentinos. El bebé tenía ocho meses cuando lo llevaron a Rosario para un control pediátrico de rutina con el doctor Roberto Pineda, y quedó en observación en el hospital Español. El brote de poliomelitis era grave. Cuando se confirmó el diagnóstico, Nelly y Ricky vivieron solos durante un año en Rosario, pero ella comprendió que la rehabilitación sería muy larga, así que la familia en pleno se trasladó a la ciudad. «Nos hicimos rosarinos», dicen Graciela y Carlos, los dos hermanos mayores de Ricky, sobre aquella mudanza que no lo fue del todo porque, apenas terminaban las clases, los hermanos volvían a Elortondo a disfrutar del campo, a pocos kilómetros de la laguna Melincué. El horizonte de garzas y chañares les pertenecía. Ricky se entendía especialmente con su abuelo materno, José Galasso, peronista, peón rural, que murió pocos meses después de saber lo que había pasado con su nieto.



En Rosario, los Meneguzzi vivían a cuatro cuadras del Parque Urquiza. Graciela era la mayor, le llevaba cuatro años a Ricky. Era sobreprotectora, capaz de levantarse en plena noche para hacer los sandwiches que pedían sus hermanos. Carlos era 18 meses más grande que Ricky, pero siempre sintió la obligación de protegerlo. Salía a arreglar a las piñas si le decían «rengo». Corrían en banda con los amigos para jugar en el Parque o el Monumento a la Bandera. La ciudad era distinta: los domingos pasaban tan pocos autos que podían jugar al fútbol sobre 25 de diciembre, la calle que hoy se llama Juan Manuel de Rosas.

La casa de Juan Manuel de Rosas y San Juan siempre estaba repleta de amigos. Si había que estudiar, iban a la casa de los Meneguzzi. No leían mucho, pero siempre había alguna torta hecha por Graciela. Y a la noche, a la hora de divertirse, también se encontraban en esa casa donde juntaban entre todos para comprar la comida, hacían bromas, hablaban de política, escuchaban música y guitarreaban. Si Nelly volvía tarde, tenía que entrar esquivando a los que se quedaban a dormir. Por entonces, Nelly se había separado de Osvaldo y con su trabajo de Entel (la empresa telefónica del Estado) mantenía sola a sus tres hijos.



Ricky estudió guitarra cuando era chiquito en el Centro Tradicionalista El Hornero, por impulso de su mamá. No fue amor a primera vista: pasaron años hasta que empezó a tocar en las peñas y a escuchar música todo el día. Más tarde, se anotó en la Escuela de Música de la Universidad Nacional de Rosario.

A Ricky le gustaban Los Olimareños y Sui Generis, también Joan Baez. Era loco por los Beatles, tenía todos sus discos. Con Carlos compartían otros gustos también: las novedades de los grupos que entonces estaban inventando el rock: Jethro Tull, Led Zeppelin, Deep Purple, los Rolling Stones. Los hermanos Meneguzzi pasaban horas frente a la modernísima bandeja que había comprado Carlos, descubriendo temas y grupos nuevos. Ricky ya estaba muy metido en la Juventud Peronista, así que cada tanto ponía nervioso a su hermano propalando la Marchita a todo volumen. «Ta ta tan ta tan ta tan ta tan ta tan... Los muchachos peronistas...» se escuchaba en toda la cuadra.

A Ricky no le gustaba mucho ir a la escuela. No pudo terminar la secundaria en la Dante Alighieri y se anotó en el Colegio Nacional. Quería recibirse para estudiar música. En esos tiempos, se sentaba en la cama, mientras su perrita Germana lo rondaba, y sacaba los temas con la guitarra. «Quién me dará un crédito mi señor, sólo se sonreír», cantaba frente al Geloso. Nelly guardó durante años esas cintas, pero el tiempo y la humedad los arruinaron. Pudo digitalizar uno solo: la voz grave de Ricky canta «Confesiones de invierno», de Sui Generis.

Germana era la perra de la familia. Ricky decía que era «policía secreta», porque tenía algo de perra policía, aunque era mestiza. El hermano más chico le daba de comer, la sacaba a pasear y jugaba con ella. También le gustaba hacerla rabiar. A Germana la envenenaron una mañana de Navidad en Elortondo, en la década del 70. No quisieron encariñarse con otro perro, así que la casa siguió albergando gorriones, tortugas y gatas, pero no hubo otra Germana.

Desde pequeño, Ricky dijo que quería viajar al sur del país. Su sueño era trabajar en la cosecha de manzanas. Con Gusi y otro amigo, Richard Bessone, se calzaron la mochila y salieron.

Llegaron a dedo hasta Río Negro. El comienzo no fue muy alentador: les faltaba estado físico y pericia. En una plantación arruinaron una rama llena de frutas, que valía mucho dinero. Ellos no pagaron nada, porque no tenían nada, pero descubrieron que eran muy escuálidos para la tarea.

En ese verano de 1972, se sentaron debajo de un coihue gigante de la Patagonia. Pensaban cómo hacer para seguir con el viaje, para llegar hasta Ushuaia. Una mujer pasó en camioneta, los vio y paró. Era francesa, su marido era yugoslavo. El matrimonio tenía una finca con manzanos más pequeños. Fabricaban dulces. La mujer los quiso ayudar y los llevó a trabajar con ellos, en Comandante Cordero. Muy pronto, los patrones los invitaron a compartir la mesa. Los dos hijos de la pareja se



encariñaron con Ricky. Los jóvenes dejaron un buen recuerdo. Al menos eso fue lo que le dijeron a Nelly cuando –en 1979- fue al sur por la misma ruta que había hecho su hijo pocos años antes.

Después de tres meses de trabajo, los amigos siguieron con sus planes. En Chubut, pararon en Lago Puelo. Vivían entre las copas de las lengas, cipreses y arrayanes del bosque patagónico. El cielo era una fiesta de estrellas. Ellos hacían fogones. Ricky cantaba.

Sus amores, en cambio, eran una incógnita. Sólo le escribió una carta a su primer amor, Celia, cuando tenía seis años, y nunca más habló del tema. «No sé si alguna vez estuvo enamorado de una mujer, o de un hombre», lamenta Carlos. Eran compinches. Carlos salía de trabajar –también en Entel– a la madrugada y Ricky lo esperaba para conversar. Pasaban horas charlando. Pero jamás le habló de sus amores.

Cuando Ricky le contó a Nelly que había empezado a militar en la UES, ella no entendió mucho. Recordaba que la Unión de Estudiantes Secundarios era algo de Perón, se decía que el general llevaba a las chicas de las UES a la residencia de Olivos. «Vieja, yo estoy en esto por amor, yo no odio a nadie», le dijo Ricky. Osvaldo, el padre, no simpatizaba con las ideas del peronismo. Nelly, en cambio, entendía las ideas de sus hijos. Llegó a esconder unos 100 ejemplares de la revista Evita Montonera en la terraza de la casa. Era su forma de apoyar la militancia de Ricky.

La política entonces era la Revolución en la punta de los dedos. Ricky sabía que se estaba jugando la vida y había tomado una decisión: se haría matar antes que caer en la tortura. No quería delatar a nadie, no estaba seguro de cuánto podría aguantar. La abuela le ofreció el dinero para que viajara al exterior. «Mis amigos están muriendo acá, así que yo me quedo acá», fue todo lo que dijo.



El último cumpleaños de Ricky fue el 29 de junio de 1976. La familia se puso de acuerdo para comprarle una buena guitarra, hecha por un luthier, un tesoro que Nelly conservó por años.

Los últimos meses Ricky ya no vivía en su casa. Se tuvo que esconder. A la mamá la encontraba por la calle, le mandaba a decir dónde podían verse, porque los teléfonos estaban pinchados. Con Carlos tenía poco contacto. A Graciela la veía un poco más porque trabajaba en la fábrica que tenía su marido de circuitos impresos. En octubre de 1976, un grupo de policías irrumpió en la casa de Juan Manuel de Rosas. Esa vez fueron educados, se llevaron los cables de cobre con los que trabajaba Ricky pero nada más. Unos meses después, sobre el fin de 1976, volvieron. Brutales. «¿Ves estas manos? ¿Ves estas manos? Con estas manos yo maté más o menos 20 pibes como el tuyo y cuando agarre al tuyo...», amenazó uno de los represores a Nelly.

A Ricky le gustaba viajar. Uno de sus lugares preferidos era Mar del Sur, un pequeño pueblo entre Miramar y Necochea, donde la marea baja dejaba disponibles las grutas. En el verano de 1977, Ricky fue a pasar unos días allá. El 17 de enero volvió a Rosario. La última vez que lo vio su mamá fue una semana después, en la casa de Graciela, que estaba embarazada, a punto de parir. «Yo no quiero que me maten ‹Vieji›. Además yo tengo que conocer a mi sobrino», le dijo.

A Ricky lo asesinaron en la noche del 27 de enero de 1977. Vivía en una pensión en San Martín al 3800. Trató de escaparse y lo mataron a la vuelta, en el pasaje Mozart, la única cortada redonda de la ciudad. «Matenme, hijos de puta», fue lo último que gritó. A la mañana siguiente, un hombre misterioso le avisó a Nelly, que pudo recuperar el cuerpo. Un raro privilegio en esos días.

El operativo lo hizo la policía, con cobertura del Ejército. Los efectivos rodearon la cuadra. Tres días después, Carlos y Nelly fueron a la casa donde vivía Ricky. Carlos jamás olvidará el relato del dueño de casa. «Ah, sí, el renguito», dijo el hombre. «Mire joven, yo no sé qué hacía su hermano, y los otros muchachos, a nosotros nunca nos hicieron nada, nunca nos molestaron. Al contrario, eran de ayudar con un mandado... Pero de los perros hijos de puta que entraron esa noche acá, yo no me voy a olvidar mientras viva», relató. Se señaló una herida vendada en la cabeza. «Esto me lo hicieron ellos... La agarraron a mi mujer y la tiraron al piso diciéndole ‹vieja montonera hija de puta vos te encamás con los montoneros...› Nos golpearon. La re cagaron a palos». Al hombre se le olía el miedo en la piel.

Ricky tenía 21 años. No llegó a conocer a su primer sobrino. Hoy, si viviera, tendría cinco. En la familia, su recuerdo siempre estuvo teñido de alegría. Los sobrinos saben quién fue, qué le gustaba. Cuando era adolescente, una de sus sobrinas, Irene, fue con su abuela a ver «La sociedad de los poetas muertos». Al salir, le comentó: «¿Viste ese chico que parecido a Ricky?». A Nelly la shockeó, porque la chica sólo conocía a su tío por fotos: «Y sin embargo lo tiene grabado, lo tienen muy grabado».

La preciada guitarra se salvó de la patota. Ricky la había dejado en la casa de su padre, así que Nelly pudo recuperarla. Con los años, se la dio a Esteban Meneguzzi, uno de los hijos de Carlos. Esteban es músico. «Te voy a regalar la fortuna más grande que tengo, te voy a regalar la guitarra de Ricky», le dijo la abuela. Esteban conserva esa reliquia familiar. Así, Ricky dejó su estela en quienes lo recuerdan, aunque no lo hayan conocido.

Nelly Galasso fue una de las Madres de la Plaza 25 de mayo. Murió el 8 de septiembre de 2009.





Colección *Dejame que te cuente*

Qué es un recuerdo sin un relato que lo ubique en la constelación de nuestra propia vida. Aquellos documentos guardados en el fondo de un cajón, esas fotografías que se erigen como monumentos sobre la cómoda, el universo que arrastramos en cajas viejas mezclando postales estampilladas con cartas amarillentas plegadas con prolijidad. Fragmentos que piden ser contados.

Cada historia de vida posee un registro urbano, institucional, familiar; fotos en los cumpleaños, en los casamientos, en el carnet del club o de la biblioteca, en la libreta de la Universidad. Cada biografía sostiene una dimensión común que nos involucra en la historia.

Dejame que te cuente es una colección de relatos contruidos a partir de material gráfico y testimonios brindados por familiares, amigos y compañeros de quienes fueron desaparecidos y asesinados por el terrorismo de Estado en Rosario y que integran el acervo del Centro Documental del Museo de la Memoria.

Queremos contar el paso de esas vidas por nuestra ciudad, recuperando tanto la singularidad de su historia como los nexos comunes con la actividad social de nuestro pasado reciente. Voces que emergen y reconstruyen discursos marcados por una voluntad de transformar el mundo y de lograr una sociedad más justa.

Narrar esas vidas es la dolorosa experiencia que los familiares han tenido que realizar en su entorno íntimo y en medio de una ausencia irreversible. *Dejame que te cuente*, este relato biográfico que toma la forma de un libro para cada historia, abre a la sociedad en su conjunto la posibilidad de incorporarse a su narración.

Dirección del proyecto

Lucas Almada

Diseño gráfico

Valentina Militello

Redacción

Sonia Tessa

Edición y corrección de textos

Daniel Fernández Lamothe

Coordinación general

Viviana Nardoni



museo de la
memoria



